

EL MANDO MILITAR GRANADINO EN LA INDEPENDENCIA

El Ejército de Colombia surge de las armas españolas el propio 20 de julio de 1810, a tiempo con los primeros balbuceos de la República y con ella avanza penosamente a lo largo de los 14 años que abarca la guerra de Independencia. Experimenta las profundas mutaciones derivadas de la lucha, y en ella aprende duras lecciones que forman la férrea contextura indispensable para las grandes campañas que han de venir.

En el desarrollo de esta contienda, como en el de todas las que acompañan el andar vacilante de la especie humana, el mando emerge como condición capaz de situar la guerra más allá de la angustiada deshumanización del acto bélico. En su ejercicio se halla el hombre en su mejor dimensión,

Trabajo presentado con motivo de la investidura como Socio Correspondiente de la Academia Colombiana de Historia por el Brigadier General Alvaro Valencia Tovar.



Brigadier General ALVARO VALENCIA TOVAR

frente a las vicisitudes y durezas de la lucha.

En búsqueda de ese conductor de hombres que es el comandante militar, en el análisis de su conformación a lo largo de la guerra, habremos de adentrarnos hoy. Sin presunciones ni imposibles suficiencias en el vasto campo del alma humana, que si tan difícil resulta de penetrar en contacto inmediato con los seres, más esquivada aún se nos muestra al estudio psicológico cuando nos llega, a buen seguro, desfigurada por el tiempo y por la imperfección de estudios realizados a posteriori.

La historia militar de la Independencia cabe en cinco grandes etapas dentro de las cuales ubicaremos el estudio del mando y de su evolución gradual. Son como amplios episodios bélicos que, a pesar de no hallarse demarcados por fronteras muy precisas, pueden delinearse con relativa claridad, así:

Primera: El surgimiento de un Ejército.

Se puede ubicar entre el 20 de julio de 1810 y la derrota de Antonio Baraya por Nariño en las goteras de Santafé, el 9 de enero de 1813.

Segunda: Primeras campañas estratégicas.

Desde el triunfo centralista en las calles de la Capital de la Nueva Granada, hasta la aparición de la escuadra española al mando de Don Pablo Morillo frente a Cartagena, el 1º de septiembre de 1815.

Tercera: Desintegración y catástrofe.

Del sitio de Cartagena hasta el combate de La Plata, donde sucumben los últimos fragmentos del que había sido ejército de la libertad, en julio de 1816.

Cuarta: El Ejército Libertador.

Desde la retirada de los restos del Ejército del Norte al mando del General Serviez hacia Casanare, episodio que puede considerarse culminado con el arribo de la desastrada hueste a Pore el 23 de junio de 1816, y la victoria de Boyacá el 7 de agosto de 1819.

Quinta: La era de las grandes victorias.

Desde Boyacá hasta Ayacucho, el 9 de diciembre de 1824, así hayan de proseguir las operaciones sobre el Alto Perú el año siguiente, en campaña victoriosa que puede considerarse realmente epílogo de la victoria, ejecutada como acción de limpieza por el Gran Mariscal de Ayacucho y su espléndido comandante divisionario desde Pichincha, General José María Córdoba, con la que allanan el camino al Libertador para su entrada triunfal en La Paz.

Esta propuesta de distribución histórico-militar de la guerra, señala un duro proceso de maduración en el mando independentista, iniciado con los arrebatos revolucionarios de una juventud que apenas si desborda los linderos de la adolescencia, para conformar luego la más extraordinaria generación humana que haya producido Colombia. Tan jóvenes fueron los pri-

meros comandantes de tropas, que los sobrevivientes lo eran aún en proporción casi excepcional cuando, nueve años después, triunfaban en las riberas del Teatinos.

El surgimiento de un ejército.

Dos actos, jurídico el uno, de hechos cumplidos el otro, marcan la aparición de las primeras fuerzas, destinadas a ser el brazo armado de la república que nacía, casi sin saberlo, el 20 de julio.

“Reunido el pueblo en la Plaza Mayor, temía ser atacado por el Regimiento de Infantería que hacía la guarnición en la ciudad, cuando se presentó ante la multitud amotinada un joven Oficial a calmar el alarma del pueblo... nos dice Don José María Baraya, ofreciéndole seguridades de que el Regimiento Auxiliar no se opondría a la Revolución...” (1).

El Capitán era Don Antonio Baraya, gironés de 19 años según el historiador y biógrafo acabado de citar, o en el filo de los 40 y bogotano si hemos de creer a Oswaldo Díaz Díaz (2). Sea como fuere, su acción colocó las armas coloniales en manos de la revolución y ni el propio Coronel Sámano, Comandante del Regimiento, pudo dar libre curso a sus deseos de aplastar la revuelta. Los hechos cumplidos se precipitaban así en historia.

Tres días después, el 23 de julio, la Junta Suprema acordaba según bando que se colocó en los muros de la ciudad aún electrizada por los hechos tumultuarios que acababan de ocurrir, la creación de un “Batallón de Volun-

tarios” de la Guardia Nacional cuyo comandante sería el Coronel Don Antonio Baraya (rápido ascenso el del ilustre Capitán) y su Sargento Mayor Don Joaquín de Ricaurte y Torrijos...” (3). Además del “Voluntarios”, la Suprema Junta de la cual formaron parte Baraya y los Tenientes Coroneles José María Moledo y Francisco Morales, creó el **Regimiento de Caballería** de 600 plazas, el **Batallón Patriotas** de defensa, y los **Guardias de Corps**. (4).

En esas primeras fuerzas de la naciente república sentaron plaza de comando nuestros próceres. Aparte de Antonio Baraya y José María Moledo, oficiales del Auxiliar antes del 20 de Julio, y a quienes debemos suponer conocedores de aspectos simplemente rutinarios de la vida de guarnición, qué podrían saber de milicia los jóvenes oficiales de esas nuestras primeras formaciones militares?

Fueron los jóvenes estudiantes del Rosario y San Bartolomé quienes se hicieron oficiales en medio del delirio. Muy pocos habían sobrepasado los 20 años. Algunos eran apenas adolescentes. Así iniciaron su trayectoria militar Francisco de Paula Santander, Atanasio Girardot, Luciano D'Elhúyar, Hermógenes Maza, Francisco de Paula Vélez, los Ricaurte, los París....

Quien más tarde habría de ser General José María Ortega y Nariño, tenía apenas 15 años cuando quiso incorporarse a filas. En medio de la confusión multitudinaria, escapando de su casa con un cuchillo de comedor bajo la camisa, solicitó puesto de com-

bate sin que nadie reparase en él. Se situó entonces por propia iniciativa en la esquina de Santa Clara y, cuando advirtió un tropel de gentes a caballo se interpuso resueltamente a su paso en las sombras de aquella noche memorable del 20 de julio, dando la voz de "alto, quién vive!", su inofensivo acero dirigido amenazadoramente a los extraños.

—Es el Cura de Bosa que viene con los vecinos de su Parroquia a unirse al pueblo de Santafé....

—Entonces, que viva el Cura de Bosa! Y Ortega se incorporó a la peregrina caravana de patriotas (5).

Había mucho de pintoresco en aquel conformarse de nuestras primeras unidades militares, como el caso de Don Pantaleón Gutiérrez, pacífico santafereño de camándula y bayetón de lana, nombrado por afecto y consideración a sus hogareñas virtudes, nada menos que comandante de la caballería, sobre cuya bizarra hueste nos ha dejado José Manuel Groot la más risueña semblanza.

También se remonta al amanecer republicano la fundación de nuestra primera Escuela Militar, creada por disposición de la Suprema Junta de Gobierno en aprobación al plan presentado por el entonces Teniente Coronel y más tarde Brigadier de la Unión a órdenes de Nariño, Don Ramón de Leyva. No hemos podido hallar en nuestras pesquisas archivo de aquel primer instituto de formación de oficiales, en cuyas filas debieron alinear muchos próceres de la libertad. Sabemos sí, que a órdenes de

Baraya militaron en el **Voluntarios** Antonio Ricaurte como Teniente de la Segunda Compañía, y Francisco de Paula Santander como Abanderado.

Al año siguiente se triunfa arrolladoramente en el Bajo Palacé. Antonio Baraya, el militar de más prestigio y jerarquía con que contaba la revolución, es el Comandante de la columna santafereña que parte en auxilio de los revolucionarios caucanos para batir al Gobernador Don Miguel Tacón y Rosique. Comandó la vanguardia el Teniente Atanasio Girardot. Joven e impetuoso, es el gestor de la victoria, dando muestras del valor y arrojo que luego habrían de caracterizarlo en la campaña de 1813 sobre Caracas. El bisoño ejército comienza a aprender las lides de la guerra, engrosado con un brillante núcleo de militares caucanos entre quienes descuellan los hermanos Cabal, Miguel y José María, caído el primero al frente de sus jinetes sobre las riberas del Palacé, muerto en el patíbulo el segundo cuando la Primera República se derrumba entre las opacidades de la Reconquista.

Nariño, que ha observado a través de las rejas de Bocachica el desatarse de las fuerzas revolucionarias que había ayudado a engendrar, inicia a paso de carga su marcha desde la cárcel hasta la presidencia del Estado, derribando con el impacto combinado de su Bagatela y de su oratoria apasionada al Presidente Lozano. El hombre nació para mandar, y ante la defección de Baraya a quien había enviado para someter al Congre-

so, asume el mando de las operaciones.

Se ha iniciado la guerra civil. La primera de cuantas, en siglo y medio de vida republicana ensombrecen nuestra historia. Nariño tiene razón en su centralismo, única concepción política que puede aglutinar las fuerzas dispersas ante una reconquista fácil de presentirse por el desastre napoleónico en Rusia, a tiempo que los montañeses españoles exasperan a los mariscales de Francia y sus pesadas columnas en marcha contra Wellington por los arriscados caminos de la península.

Nariño nada sabe de guerra. Baraya poco, pero al menos es militar profesional y comandó la expedición al Sur, en la que venció tácticamente a su adversario ocasional, así no acertara a explotar su victoria en el ámbito estratégico. Tampoco podríamos exigirle que lo hubiese hecho porque, quién se lo había enseñado? No el viejo Coronel Sámano, su antiguo jefe, que el 20 de julio juró lealtad al nuevo régimen, para enseñarse luego contra él con el fiero apasionamiento de sus rencores seniles.

Chocan en Ventaquemada los ejércitos del Congreso y de Cundinamarca, y Baraya victorioso avanza sobre la capital. Nariño mueve su pueblo a una defensa más llena de ardor y de mística que de técnica militar. Hasta la efigie de Jesús Nazareno participa en el combate, mientras el **Andante Caballero** se las arregla para inmovilizar a Girardot con una orden falsa, en las posiciones dominan-

tes de las faldas de Monserrate. La victoria sonríe al caulillo y vuelve espaldas al militar de carrera que, desencantado, abandona el servicio para caer finalmente en el patíbulo del Pacificador.

Primeras campañas estratégicas

La guerra en su real expresión solamente empieza en 1813, año que marca el final de las acciones limitadas, al mando de oficiales bisoños que emergen de la adolescencia, para adquirir el sello duro y violento de las verdaderas contiendas: la campaña militar, sucesión de episodios tácticos eslabonados en dirección a objetivos estratégicos.

La transición corresponde a Pedro Labatut, uno de aquellos franceses mitad aventureros, mitad gladiadores de la libertad que llenan con sus figuras guerreras esta segunda etapa de la independencia granadina, y culmina con la toma de Santa Marta. Poco nos deja en enseñanzas militares esta breve campaña, iniciada con la limpieza parcial del Bajo Magdalena. Tal parece que en épocas de indecisión, el más resuelto conquista el triunfo. La captura del puerto realista revestía extraordinaria significación y, de haberse mantenido, habría jugado importante papel frente a la avalancha de la Reconquista, pero Labatut parecía más interesado en su lucro personal de mercenario que en asegurar ganancias militares, y la ciudad se pierde por censurables manejos administrativos.

Cabe aquí un paréntesis dedicado a estos militares galos que lucharon

en las filas patriotas con denuesto idéntico al que varios de ellos habían desplegado como oficiales napoleónicos. Aparecen, traídos algunos por Miranda, en pos del viejo General jacobino otros, de no muy claros horizontes los más. Portando grados militares que la revolución granadina poco se preocupó por escudriñar, necesitada como se hallaba de oficiales que acompañaran a sus improvisados comandantes en la difícil tarea de hacer un ejército.

El ilustre académico, Don Sergio Elías Ortiz (6) nos ha pergeñado vivas y bien logradas semblanzas de estos soldados franceses al servicio de la emancipación colombiana, unas veces instruyendo nuestros inexpertos cuadros de mando, otras acompañando en los noveles Estados Mayores a los aún más noveles generales, triunfando aquí como héroes, cayendo más allá al pie de una bandera que había reemplazado la suya, bajo un cielo que aprendieron a amar.

Dos grandes episodios guerreros llenan aquel año de 1813 con sus alternativas de luces y de sombras. Distantes geográficamente entre sí, señalan notables similitudes militares y humanas. El uno, iniciado en el rancharío de Barrancas, hoy Calamar, a orillas del Magdalena, termina con la conquista de Caracas, justamente bautizado con el nombre de Campaña Admirable. El otro, iniciado en la capital granadina, tiene mucho de admirable, con su itinerario de victorias y trágico final en las goteras

de Pasto, bastión inmovible de lealtad monárquica.

Simón Bolívar y Antonio Nariño son los autores de estos dos dramas. Sus ejecutantes, tropas y mandos granadinos en su mayor parte. El objetivo, la libertad de América. Extrañas similitudes pueden hallarse entre estos dos hombres, que se hicieron generales al asumir el mandado de ejércitos que nadie les había enseñado a dirigir, y que lo fueron más por intuición que por conocimiento profundos sobre la guerra. Conductores de ocasión, lo fueron porque el campo de batalla era el sendero forzoso para crear las naciones que concibieron sus imaginaciones delirantes. Dotados ambos de singular magnetismo personal, de energía irradiante, de capacidad innata para la autoridad y el mando. Visionarios los dos de la libertad. Guerreros porque así lo impusieron las circunstancias.

Situados en distintas vertientes de la vida, Nariño hubo de vivir el descenso trágico hacia penumbras que han debido ser trayectoria iluminada. Bolívar inicia en plena juventud su itinerario de gloria, y puede coronar las cumbres más altas impulsado por esa tremenda combustión interior de la cual surge todo el fuego, toda la lumbre, todo el aliento necesario para tallar su obra gigante.

Para Antonio Nariño, 1813 fue el año culminante de su existencia. Año de victorias militares, iniciadas el 9 de enero con la increíble derrota de Baraya y cerrado el 31 con su entrada a Popayán después de Palacé. Pa-

ra Bolívar fue el de ascenso a la grandeza, por la ruta de Ocaña hacia Cúcuta y Trujillo. Luego, una vez recibidas las autorizaciones de Camilo Torres, la marcha impetuosa hacia Caracas, ensartando nombres de aldeas y campos de batalla como en una lanza de caballería.

Para ambos, 1814 es año de victorias y desastres. Nariño triunfa en Calibío al despuntar enero, luego en Juanambú, Cebollas y Tacines. Cuando impetuosamente se lanza sobre Pasto sin aguardar la reunión de sus fuerzas desarticuladas por el veloz avance, la victoria es suya. Más allá sigue Quito, y más lejos aún horizontes ilimitados de libertad, que hacen juego admirablemente a la personalidad avasalladora del general santafereño.

Bolívar triunfa en San Mateo el 25 de marzo, y dos meses después en la primera acción de Carabobo el 28 de mayo, pero en Aragua se eclipsa su estrella, y la estela de victorias se hunde, como dos años antes, en la derrota y en el exilio.

Termina allí el extraño paralelismo de fechas y de circunstancias. Para Nariño ha llegado la hora del crepúsculo, en las ergástulas que su fatigosa lucha por la libertad le ha enseñado a conocer. Para Bolívar, es apenas un nuevo y transitorio descenso a abismos que ya ha transitado, y ha de probar otras muchas veces en su camino hacia la gloria. Simas que para cualquier hombre significarían el hundimiento definitivo, pero que para él constituyen fuente de re-

novadas energías y acrecentamiento de la tremenda determinación libertaria que galvanizó su espíritu en el juramento del Aventino.

Los mandos granadinos que combaten en las dos Campañas son trasunto de la personalidad de sus jefes. En Venezuela sobresale entre todos Atanasio Girardot, Coronel ya y Comandante de la vanguardia a todo lo largo de las operaciones. En el Sur es Cabal la figura descolante. En una y otra, el valor y el arrojo personal se destacan como características fundamentales. Acompañados de firmeza y decisión que se patentizan en los diversos movimientos de columnas, mandadas al Norte por el propio Girardot, D'Elhuyar, Maza, Antonio y José María Ricaurte. Al Sur por Cabal, por Nariño hijo, por el propio General en Jefe.

Las columnas enviadas por Torres y Nariño en apoyo de Bolívar para su Campaña Admirable, son la médula de su ejército. No podría desconocerse, sin llegar a extremos de ingratitud culpable, la nobleza del gesto que entregó hidalgamente al caraqueño lo mejor de la juventud granadina y de sus mandos, en momentos en que el Precursor preparaba ya en la mente las operaciones del Sur. Tan sólo siete de aquellos quinientos salvan la vida, y en palabras de José María Carrasquilla "todos siete llegan a Generales de Colombia la Grande" (7).

La habilidad y eficiencia de combate a que habían llegado las fuerzas granadinas al mando de Bolívar, se

evidencian en múltiples acciones. Bástenos citar como ejemplo la doble maniobra sobre Trujillo ordenada por el Libertador al ocupar Mérida de los Caballeros, y cumplida por 480 granadinos al mando de Girardot y de los brillantes capitanes ya nombrados. Al respecto nos dice el historiador venezolano Teniente Coronel Bencomo Barrios: "Estas columnas cumplieron brillantemente su cometido, y el 10 de junio entraban en Trujillo..." (8).

Un hecho significativo contribuye a realzar estas condiciones unidas al espíritu caballeresco de los militares granadinos a órdenes del Libertador: cuando el Coronel Girardot cayó sobre el Bárbula herido en la frente mientras portaba la Bandera como lo había hecho en el Bajo Palacé, su amigo y camarada Luciano D'Elhúyar pidió autorización a Bolívar para batirse al frente de los granadinos contra el temible Monteverde en sus fuertes posiciones de Las Trincheras. "La batalla fué breve y corta, y horriblemente sangrienta, nos dice Carrasquilla. Las Trincheras fueron tomadas a la bayoneta, y Monteverde huyó con un balazo en la cara, pudiendo salvar apenas 300 hombres..." (9).

El propio Libertador rindió homenaje a sus tropas de la Nueva Granada al rebautizar el "Batallón sin nombre" con el de "Bravos de Araure" y devolverles así el honor perdido en Barquisimeto: "Ahora sí, soldados! sois dignos de batiros al lado de los granadinos..." (10).

El Bolívar guerrero lo ha consagrado la historia. Nariño, aunque derrotado, tuvo destellos geniales que iluminaron su Campaña, y no se apagan a pesar de su derrota final. Se caracterizó como Comandante intrépido, imaginativo, audaz hasta los límites del arrojo personal. Pero quizá más que en ningún otro campo, brilló como conductor de hombres. Sin duda, al igual que Bolívar, debió poseer extraordinario poder de seducción. Su ascendiente humano tuvo tales dimensiones que cuando faltó su presencia ante las tropas sobrevino el derrumbamiento.

Esas tropas rindieron espléndidamente bajo su comando. La Infantería estaba integrada al salir de Santafé por los Batallones **Granaderos de Cundinamarca** que había absorbido el antiguo **Auxiliar, Guardias Nacionales, Patriotas, Tunja y Socorro**, así llamados los dos últimos por su básica integración regional. La artillería, que en el sitio de Santafé por Baraya había probado considerable eficacia bajo el mando del Capitán español Francisco Aguilar, de nuevo se hizo presente bajo el mismo mando, conformada por pedreros, cañones de a ocho, obuses de seis pulgadas. La Caballería, en fuerza que desconocemos, marchó comandada por el Coronel Nariño, hijo del Precursor (11).

Nombres extranjeros salpican el mando intermedio del ejército independentista. El Brigadier Don José Ramón de Leyva a quien ya hemos hallado organizando las primeras mi-

licias en Santafé, Aguilar, Campomanes, español también que al decir de Espinosa había servido en la península contra Napoleón, e introdujo al Ejército de Cundinamarca formas francesas de combate. Serviez, quizá el más connotado. El conde Silisque. El pintoresco Barón de Schoembourg. El inglés Birgo, comandante desde La Plata del **Batallón Cazadores**, creado allí mismo, y quien habría de definir la sangrienta batalla de Juanambú, Beverly, Robin, Castel, Dufaura, Ludovico...

¿Qué sabrían de guerra aquellos extranjeros? ¿Serían realmente antiguos oficiales en sus respectivos ejércitos, o simples trashumantes de alma aventurera y audacia equiparable a la de su General? Seguramente habría de todo un poco, sin descartar la posibilidad de que algunos de ellos no hubiesen esgrimido otra arma que aquella con la cual produjeron algún acto penumbroso que los echó a andar mundo. Pero lo cierto es que prestaron a la causa de la independencia un valiente concurso, y que muchos de ellos recibieron sobre sus cuerpos inertes la tierra de América, como epílogo de su existencia militar y aventurera.

El mando republicano, analizado en su conjunto, aparece firme y enérgico, en la medida en que su genial comandante lo influenció con su presencia personal. Entre los jóvenes militares, José María Cabal adquiere visos subyugantes. Luchador de la Independencia desde la campaña de Baraya sobre Popayán, era arrojado

y valiente. Con su descubierta de 300 hombres puso en fuga los 700 que le opuso Sámano en vano empeño de cerrar la vía a Popayán. "La carga a la bayoneta ordenada por Nariño en Calibío, nos dice Baraya en sus "Biografías Militares", la dio Cabal al frente de una División, y esa carga fué la que decidió la victoria" (12).

Al igual que ocurría casi simultáneamente en Venezuela, el denominador común del mando granadino fue el valor. Una intrepidez ilimitada electriza los jefes. Aquel Teniente Vanezas que atraviesa la brava corriente del Juanambú, bajo el fuego frontal de las posiciones enemigas, Cabal, arrogante y heroico, son dignos émulos de Girardot y Ricaurte. Y Nariño, que en Tacines, mientras las Compañías retroceden y todo hace presagiar la derrota, pica espuelas a su famoso caballo zaino y grita: "valientes soldados, a coronar la altura, síganme todos". Algo parecido había hecho en Calibío, y lo repite hasta los bordes del desastre, cuando derribada su cabalgadura se enfrenta pistola en mano a la montonera de jinetes enemigos que se le viene encima (13).

Toda aquella grandeza naufraga cuando a primeras horas del 14 de mayo de 1814, Antonio Nariño y Alvarez se interna en la montaña, después de su orden perentoria de que se le permita vivir solo su inmensa tragedia. Atrás, en el que fuera campamento de su brillante ejército, los cañones clavados y los restos de la fuga deshonrosa del traidor Rodrí-

guez, tienen la desolación de un cementerio, donde queda sepultada la gloria que tan esquivo fué para el infortunado Precursor (14).

Desintegración y catástrofe.

El enemigo, tomada la Plaza Fuerte de Cartagena, que una vez más gana el apelativo de Heroica, avanza desde todas direcciones siguiendo el plan maestro de invasión elaborado por Morillo y Enrile, Jefe éste por demás brillante del Estado Mayor del Pacificador. Calzada, batido inicialmente en Chire por Joaquín Ricaurte, entra por Oriente. Triple columna invasora penetra por el Norte, y desde el Sur es el viejo Sámano quien avanza como serpiente, después de acumular odios y rencores en cinco años de derrotas.

Perdidas las mejores fuerzas en Venezuela y el Sur, sin un Nariño que asuma resueltamente las supremas responsabilidades del gobierno, descoyuntada la República por su participación en Estados cuasi independientes, mermada la capacidad de resistencia por las desgarraduras de las guerras civiles, poco puede hacerse para detener las formidables fuerzas invasoras, como no sea oponerles el desnudo característico de un ejército en el que aún alienta la revolución.

Mal armado, mal instruido, carente de equipo, el Ejército del Norte a pesar del heroísmo de García Rovira, se derrumba en Cachirí. Dudas, vacilaciones, incertidumbres, plagan la conducción política de aquel impoten-

te Estado Federalista. Y así como no hay conducción en el campo político, se carece de ella en el Ejército. No hay plan alguno para oponerse a la invasión. Una débil columna de 500 hombres al mando de Santander, es lo único que se destaca en socorro de Cartagena, y no llega, carente de embarcaciones para descender por el Magdalena. Copada virtualmente por Calzada, acierta a escapar por el abrupto camino de Rionegro a Girón, y se une a García Rovira para sucumbir con él en Cachirí.

A propósito de esta batalla anota el Mayor Jorge Mercado: "Más que a las disposiciones acertadas del comando realista, la batalla se perdió para la causa de la Independencia porque las tropas republicanas no estaban a la altura de las necesidades de la guerra. Habían sido improvisadas. La oficialidad carecía de esperanza y decisión, el armamento, vestuario y equipo había sido descuidado. **Es que para defender el honor y la independencia de una nación, se necesitan tropas que desde tiempo de paz estén dedicadas exclusivamente a prepararse para las grandes responsabilidades que pide la guerra**". (15)

Lo señalado sobre Cachirí es aplicable al total de la lucha. En el Sur, es Cabal el único que aprecia con claridad la situación. Ha sufrido en carne propia la eficiencia de las guerrillas patianas, y recomienda fraccionar el Ejército en pequeñas partidas que hagan insostenible el territorio para el invasor. No es escuchado

y se separa del mando, siendo elegido en su reemplazo el joven coronel Liborio Mejía, quien personalizó la última resolución colectiva de caer en el campo de batalla antes que en deshonrosa capitulación (16).

Cuchilla del Tambo y La Plata, acciones perdidas ante el viejo Sámano y Carlos Tolrá, respectivamente, son el toque de silencio que resuena sobre el ejército vencido, para dar la razón a Serviez y a quienes con él siguieron a Casanare en medio del derrumbamiento general. Un amargo capítulo se ha cerrado para la colonia rebelde, que había iniciado su lucha con gritos de lealtad al monarca inepto y torpe, a cuyo nombre se levantan ahora los patíbulos creyendo ahogar en sangre la revolución.

El Ejército Libertador

En dos formas se sostuvo el espíritu de lucha bajo el régimen oprobioso de la Reconquista. Las guerrillas que, en lo que podríamos llamar una división táctica, fijaron y hostigaron sin pausa considerable efectivos adversarios, alentando un rescollo hostil hacia el realismo implantado con el talón de la bota que no con el cerebro- por Morillo y Sámano. Y el Ejército de Casanare, núcleo irreductible de lo que habría de ser la vanguardia del Ejército Libertador en su marcha sobre la Nueva Granada, cuya influencia resultó decisiva en el campo estratégico de la guerra en dos órdenes primordiales:

-Frustración de una campaña o-

fensiva lanzada por Barreiro sobre Casanare con un poderoso ejército.

-Aporte de una División entrenada y combativa, al esfuerzo conjunto que dio libertad a la Nueva Granada.

Fueron duros y tremendamente difíciles los pasos iniciales que aquellos despojos militares conducidos a Casanare por Serviez hubieron de dar en su propósito de mantener encendido el fuego de la libertad. Individualismo, celos competitivos, indisciplina, caudillismo a la llanera, desarticularon el esfuerzo colectivo en forma que ni el mismo Páez pudo dominar con su violenta personalidad de lancero a caballo.

Aquel panorama de dispersión, es el que halla Santander a su regreso a Casanare, ascendido por el Libertador Presidente a General de Brigada el 12 de agosto de 1818, y nombrado Comandante de Casanare. Con el joven General granadino, se inicia en la arriscada llanura una historia que podría llevar por título **La Forja de un Ejército.**

A los 26 años de edad, Santander era ya la figura más prestante entre los granadinos que sobrevivieron campañas y patíbulos. Su talento organizador, su autoridad indiscutible, su probada capacidad militar aquilatada en la Campaña de Guayana a órdenes de Bolívar, iniciaron una nueva era en la Provincia de la Libertad. Quizá el Libertador al confiar aquel encargo a Santander, columbraba ya el giro estratégico de sus intenciones, renunciando a batir el fuerte ejército español de Venezuela

para realizar una aproximación indirecta sobre la Nueva Granada, menos sólidamente protegida.

Era preciso, ante todo, formar el elemento de lucha, y a ello se dio entero el Comandante de Casanare, acometiendo simultáneamente una acción administrativa en la cual puso de manifiesto las dotes de gobernante excepcional que luego habrían de llevarlo a la jefatura del Estado como creador de la nacionalidad colombiana y de su estructura jurídico-legal, y el frente militar, donde comenzó por meter en cintura a través de órdenes tajantes a los jefes dispersos que ya habían desconocido el tremendo comando del León de Apure.

El plan de defensa y retirada, del cual da cuenta a Bolívar en oficio reservado el 2 de diciembre de 1818 (17) contiene un concepto operativo de proyecciones estratégicas que, a comienzos del año siguiente, permite absorber sobre el espacio profundo del llano la ofensiva de Barreiro, y producir al jefe realista un descalabro cuya magnitud no solamente puede medirse en la imposibilidad de alcanzar el objetivo prefijado, sino en el grave desgaste de sus fuerzas y descenso de la moral a extremos críticos, mensurables por la proporción de desertiones.

Pero, más notable aún que la conducción magistral de la defensiva en profundidad, es la explotación del éxito mediante tres contragolpes que el Coronel Camilo Riaño describe hábilmente en su "Campana Libertadora de 1819" (18) descargados por el Te-

niente Coronel Antonio Obando sobre La Salina con su Batallón 19 de Línea, Teniente Coronel José Antonio Arredondo sobre Paya con sus Cazadores, y Teniente Coronel Sasmajous sobre el Valle de Tenza en arriesgada incursión de caballería.

Aparece en este conjunto de acciones operativas, la nueva concepción del mando militar que haría posible el suceso de la Campana Libertadora. El largo y duro aprendizaje desde los días iniciales de la libertad, pródigo en reveses, había alumbrado el resurgimiento de un ejército templado en la adversidad y en la brava existencia de la llanura.

La Nueva Granada, lo dijimos en otra oportunidad, había tenido la desgracia de perder la casi totalidad de los militares de su Primera República, en la guerra o en la brutal represión que siguió a la Reconquista. En Casanare hubo de forjarse una nueva generación de combatientes, entre quienes figuraron los pocos jefes sobrevivientes, que hubieron de variar los fundamentos mismos de su criterio sobre la guerra, bajo las otras circunstancias modeladoras.

Este nuevo conjunto del mando granadino forma un todo homogéneo, jerarquizado, de elevada disciplina. Fueron las jóvenes promociones de relevo del Ejército desaparecido. Ejemplares como Ramón Nonato Pérez, un guerrero de a caballo al estilo de Páez, constituyeron ocasionales excepciones. Brillaron y desaparecieron (19).

En la dispersa operación defensiva, resulta admirable el control que pu-

do mantener el Comandante de Casanare, General Santander sobre sus abiertas columnas. Ello no puede explicarse sin un excelente servicio de Estado Mayor, organismo formado por el propio comandante regional, y puesto bajo la hábil dirección del Coronel granadino Pedro Fortoul.

El instrumento militar estaba listo y probó en Casanare su soberbia eficacia, lo cual debió influir considerablemente en la decisión de cambio de frente estratégico del Libertador, que lo empujó a través de los llanos inundados para reunir fuerzas con Santander, y cambiar el destino de la guerra en operación combinada sobre el sector más débil del dispositivo español.

Obrando bajo el mando general del Libertador, la División de Vanguardia a órdenes de Santander obró espléndidamente. Se abrió paso en Paya desencastillando las fuerzas realistas sólidamente asentadas en el trincherón, fortaleza largamente preparada. Cumplido el arduo paso de la cordillera, la División abrió operaciones en forma de ofensiva limitada que protegió la concentración del grueso de las tropas, y la posterior llegada de la Legión Británica y los bagajes movidos por Soubléte.

Santander dio muestras de ser un conductor brillante, que supo balancear la prudencia y el arrojo, la ponderación y la audacia, la decisión y el equilibrio. Y sus comandantes subordinados obraron en consonancia con la personalidad de su jefe. En esta

forma, el mando militar granadino luce su mejor característica: la disciplina intelectual, o sea el actuar dentro del pensamiento y la voluntad superior, integrando todos los esfuerzos para conseguir el objetivo propuesto. En Tópaga, Vargas y Boyacá, la División de Vanguardia se comportó heroicamente. Peleó con bravura. Aguantó reciamente, con firmeza y determinación inspiradas por el Comandante Divisionario. En suma, fue factor decisivo del triunfo.

La talla militar del General Francisco de Paula Santander, no se ha estudiado aún en su verdadera dimensión, eclipsada posiblemente por sus realizaciones políticas al frente del gobierno de la Gran Colombia en ausencia de Simón Bolívar. Casanare brinda, desde cualquier ángulo de análisis, un campo de observación excepcional para medir esa estatura y hallarla sobrada de grandeza. Hay habilidad y talento en la conducción de la defensiva inicial ante fuerzas superiores, a las que se hostiga y golpea para acentuar los efectos debilitantes de la naturaleza a fin de producir desmoralización. Hay sentido táctico en la oportunidad y explotación del momento operativo al descargar el triple golpe de retaliación sobre el adversario en retirada. Hay decisión y audacia en el paso de la cordillera. Hay ímpetu y reciedumbre al contener en Vargas la maniobra envolvente de Barreiro. Hay empeño victorioso al lanzar la vanguardia sobre el enemigo en Boyacá, partiéndolo en dos y forzando medio ejército español más

allá del Teatinos para facilitar la destrucción de su grueso.

En el Ejército victorioso en Boyacá, se halla un joven Teniente Coronel que a los 21 años ya se asoma a la grandeza militar. Es José María Córdoba, Jefe de Estado Mayor de la División Anzoátegui, a quien nuevas Campañas habrán de convertir en la más acabada figura del militar granadino. En Córdoba se fundieron las condiciones todas de los comandantes de la Primera República. Como Girardot fue hombre de vanguardia, arrojado hasta la temeridad. Tenía de la gloria el concepto heroico de la carga arrojada e intrépida. La guerra fue su único horizonte, desde El Palo hasta Ayacucho, y más lejos aún, hasta su sacrificio cierto en El Santuario.

— La era de las grandes victorias.

Después de Boyacá y de la reafirmación de la victoria en la Nueva Granada, la guerra se desplaza más allá del ámbito granadino. Aquí llega a su fin el presente análisis, limitado en su alcance a nuestra comarca ancestral. Quede él como homenaje modesto y emocionado a los creadores de la nacionalidad colombiana, y en vísperas del glorioso sesquicentenario de Carabobo, ayude a recordar cómo el arriscado heroísmo de los granadinos que hicieron la Patria y mucho de la Historia, permitió el surgimiento del mundo bolivariano, y la erección del pedestal que cinco pueblos han levantado a su Libertador.

NOTAS

- (1) José María Baraya "Biografías Militares". Edición Biblioteca del Ejército. Volumen 11. Pág. 40.
- (2) Oswaldo Díaz Díaz, "Copiador de Ordenes del Regimiento de Milicias de Santafé (1810-1814). Índice Biográfico. Historia y Publicaciones del Estado Mayor, Revista de las Fuerzas Armadas, 1953.
- (3) Caldas y Camacho, citados por Camilo Riaño en "Las Milicias del 20 de julio, origen del Ejército Nacional". Revista de las Fuerzas Armadas, octubre de 1960, Vol. II Nº 4, pág. 102.
- (4) Camilo Riaño, Op. Cit.
- (5) Rafael María Carrasquilla "Biografía del General José María Ortega y Nariño".
- (6) Sergio Elías Ortiz, "Franceses en la Independencia de La Gran Colombia", Biblioteca Eduardo Santos, Editorial ABC, Bogotá 1949.
- (7) Rafael María Carrasquilla, Op. Cit.
- (8) Héctor Bencomo Barrios, "La Campaña Admirable de 1813", Biblioteca de Temas y Autores Merideños, Caracas 1965, abril-mayo.
- (9) Quijano Otero, cita Mgr. R. M. Carrasquilla, Op. Cit.
- (10) Carrasquilla, Op. Cit.
- (11) Véase "Memorias de un Abanderado", por José María Espinosa. Edición del Banco Cafetero, Bogotá 1969.
- (12) J. M. Baraya, Op. Cit.
- (13) Espinosa, Op. Cit., pág. 42.
- (14) Véase Jorge Ricardo Vejarano, "Nariño", Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, Bogotá, 1945.
- (15) Mayor Jorge Mercado, "Campaña de Invasión de la Nueva Granada, por el Teniente General Don Pablo Morillo, 1815-1816", Biblioteca del Ejército, Vol. 14, 1963, página 176 (Subrayado es nuestro).
- (16) Coinciden J. M. Espinosa y J. M. Baraya, Op. Cit.
- (17) Cartas y Mensajes del General Santander, Tomo I (1812-1819), Bogotá, 1952.
- (18) Camilo Riaño, "La Campaña Libertadora de 1819", Publicaciones del Sesquicentenario, Editorial Andes, Bogotá, 1969.
- (19) "La Campaña Libertadora a la luz del arte militar", Brigadier General Alvaro Valencia Tovar, publicación en "Armas e Historia", Imprenta del Departamento de Santander, 1970, pág. 35 y siguientes.